

mercader llamado Jaime Fugger, que se negó á vendérselo á Carlos V, porque Carlos V le debía ya cerca de quinientos mil francos que no le pagaba, y á Soliman porque no queria que saliese de la cristiandad. Enrique VIII lo adquirió por una suma de cinco mil libras esterlinas, y su hija María lo trajo como parte de su dote á Felipe II de España. Desde entonces ha quedado siempre en poder de la casa de Austria.

El último, del que al principio se habia perdido la pista, fué vendido diez y seis años despues de la batalla en cinco mil ducados á un mercader de Lucerna, que hizo expresamente un viaje á Portugal, y lo vendió á Manuel el Grande y el Afortunado. Cuando en 1762 invadieron los Españoles el Portugal, Antonio, prior de Crato, último descendiente de la familia destronada, emigró á Francia donde murió, dejando este diamante entre los objetos preciosos de su herencia. Nicolás de Arlay, señor de Sancy, lo compró y lo volvió á vender despues de haberle dado su nombre. Hoy hace parte de los diamantes de la corona de Francia.

Aquella derrota habia tenido lugar el 2 de marzo. El rey Luis la supo tres dias despues, y pensó que ya era tiempo de cumplir su peregrinacion. El 7 llegó á una pequeña posada situada á tres leguas y media del Puy. Al dia siguiente hizo el camino á pié; llegado delante de la puerta de la iglesia se puso sobre su vestido una sobrepelliz y una capa de canónigo, entró en el coro, se arrodilló delante del tabernáculo, hizo una oracion y depositó trescientos escudos sobre el altar.

PORQUÉ NO HABRA JAMAS EN ESPAÑA UN BUEN GOBIERNO.

Cuando hube recorrido bien Grandson, reconocido el campo de batalla, llevando en la mano á Muller y á Felipe de Commines, y encontrado en la parte septentrional de la ciudad las ruinas del antiguo castillo, tomé una lancha y toqué, para satisfacer mi conciencia arqueológica, un peñasco que se alzaba en medio del puerto sobre el cual, segun dicen, se habia erigido antiguamente un altar á Neptuno. Despues de una travesía de tres cuartos de hora, llegué á Iverdum, donde los Suizos habian hecho tanta resistencia pocos dias antes de la batalla de Grandson.

Iverdum fué una de las doce poblaciones que los Helvecios quemaron cuando abandonaron su país para pasar á las Galias, y encontraron á César junto á Autun. Derrotados por el procónsul romano, una de las condiciones que les impuso el vencedor fué, como todos saben, el reedificar las ciudades que habian destruido. Obedecieron, y hallando los Romanos la nueva poblacion completamente á su gusto y situada perfectamente á la orilla del lago entre los rios Orbe y Thele, hicieronla una colonia romana rodeándola de fortificaciones. La ciudad se extendia entonces sobre un terreno tan grande que el circúito que hoy ocupa no formaba mas que una quinta triste.

En 1769, abriendo una cueva cerca á los molinos de la ciudad, se descubrieron muchos esqueletos bien conservados, cuya cabeza, segun las costumbres antiguas, se hallaba vuelta hácia el Oriente; hallábanse tendidos sobre una capa de arena, sin ataúd y sin sepulcro, tenían entre sus piernas urnas de barro, lámparas sepulcrales, y pequeños platos de arcilla en los que se encontraron todavía algunos huesos de aves. Algunas medallas enterradas con los cadáveres llevaban la fecha unas del reinado de Constantino, las demás del de Juliano el Apóstata.

Ebrodunum tenia una compañía de barqueros presidida por un prefecto; esta compañía existe todavía, pero el jefe se ha convertido en abad.

Un antiguo castillo construido en 1133 por Conrado de Bœringen, se alza en una extremidad de la ciudad, con sus cuatro torreones correspondientes á los cuatro puntos cardinales. Me aseguraron que aquel castillo era el mismo en que Hans, el Muller de Berna, habia hecho tan valiente defensa en 1476.

Como todo lo que hay de curioso en Iverdum puede verse en dos horas, di una vuelta por la mañana mientras que Francesco me buscaba un cochero, que se comprometiese á llevarme en aquel mismo dia á Lausana.

Cuando volví á la fonda encontré el almuerzo listo y enganchado el caballo, y á las seis de la tarde estábamos ya en la capital del canton de Vaud, donde estreché de nuevo la mano de mi anciano y buen amigo Pellis, que me presentó aquella misma tarde á Mr. Monnard, traductor de la *Historia de la Suiza*, por Zchokke, uno de los patriotas mas decididos y elocuentes de la dieta.

Por ganas que tuviese de quedarme con buena

sociedad, comenzaba á apremiarme el tiempo, me fué preciso partir. Quería visitar el Lago Mayor y las islas Borromeas y completar mi viaje por Suiza tocando en Locarno que está en el Tesin, único canton que no habia visitado, y como adelantábamos en la estacion de dia en dia, podia el Simplon ponerse intransitable.

En su consecuencia á la mañana siguiente me despedí de mi huésped, prometiendo volver á verle por mas largo tiempo, promesa que le renuevo, y me embarqué en el buque de vapor que va de Ginebra á Villanueva.

Volví á hacer mi entrada en el mundo: hacia verdaderamente seis semanas que lo habia abandonado. La Suiza alemana es un extremo de la tierra: allí no se sabe nada, no penetra ningun ruido: ningun eco de política, de artes, ni de literatura resuena allí. Todo al contrario, de un brinco me encontraba en un buque de vapor, donde con el contacto de los viajeros de todos los países se escapa un chorro de noticias. Me eché con hambre sobre los diarios franceses: se hallaban llenos de noticias sobre la revolucion de España. Algunos que todo lo juzgan bajo el punto de vista de la Francia y creen á todos los pueblos llegados á igual civilizacion, creían para aquel país un Eldorado político. Solo yo negaba la posibilidad de aplicar á un pueblo las instituciones de otro, y veía en la imitacion de nuestra carta al otro lado de los Pirineos, un manantial de revueltas en el porvenir. Acaloróse al fin la discusion, como acontece siempre, queriendo cada uno de los utopistas tener la razon. Apelamos á un español que fumaba tranquilamente un cigarro, sin tomar parte en nuestra

discusion; y reconociéndole juez competente en semejante materia, le preguntamos cuál seria, según él, el gobierno mejor para la península.

El español quitó de su boca su cigarro, arrojó una bocanada de humo que habia recogido en su pecho hacia diez minutos, y despues respondió con gravedad:

— La España no tendrá jamás un buen gobierno.

Como esta respuesta no daba ni quitaba la razon á nadie, no satisfizo á ninguno.

— Permitidme que os diga, señor español, repuse yo riendo, que me pareceis un poco pesimista. ¿La España no tendrá jamás un buen gobierno, decis?

— Jamás.

— ¿Y á quién deberá echar la culpa de este defecto: á su pueblo ó á su dinastía, á su clero ó á su nobleza?

— Ni á lo uno, ni á lo otro.

— ¿Quién tiene la culpa entonces?

— La culpa la tiene Santiago.

— ¡A Santiago!!! respondió uno que parecia eclesiástico: Santiago que es el patron de España y que tiene tanto crédito en el cielo. ¿Cómo puede oponerse á la primera felicidad de un pueblo, á la de sus mejoras políticas, de donde emanan todas las demás mejoras?

— El caso es el siguiente, respondió con flema nuestro hombre.

Cansado Dios un dia de oír quejarse eternamente á los pueblos, pidiéndole unos ya una cosa, ya otra, y no sabiendo en medio de las peticiones y continuos lamentos á cuál acudir, dispuso que un

ángel invitase á son de trompeta á todos los pueblos y naciones del mundo, á que meditando bien sus necesidades: y deseos, le enviasen en el término de un año y en un dia fijo, un diputado encargado de presentarle sus reclamaciones, obligándose desde luego para entonces á otorgar sus demandas.

La noticia de semejante nuevo congreso hizo gran ruido. El mundo entero se ocupó en elecciones. Hubo candidaturas en abundancia, ni mas ni menos que sucede hoy entre nosotros; y cada nacion nombró su diputado. Por Francia fué elegido san Dionisio: por Inglaterra san Jorge: por Italia san Genaro: por España Santiago: por Escocia san Dustan: por Rusia san Niwski: por Suiza san Nicolás; y que sé yo cuántos mas santos por otros pueblos, pues hasta hubo representante por la república de San Marino. Llegó el dia, y cada santo se puso en camino con sus correspondientes instrucciones de sus comitentes.

El primero que llegó fué san Dionisio: saludó al Padre eterno, no quitándose el sombrero de la cabeza, sino quitándose la cabeza de encima de los hombros, que no fué mala indirecta para recordar al Señor el martirio que habia sufrido por su santo nombre: este saludo le captó la benevolencia celestial.

— Y bien, dijole Dios. ¿Vienes de Francia?

— Sí, altísimo Señor, contestó san Dionisio.

— ¿Qué pides para los Franceses?

— Que tengan el ejército mas hermoso del mundo.

— Concedido, contestó el Señor.

San Dionisio, lleno de gozo, colocóse la cabeza sobre los hombros, y se marchó pian pianito á su catedral de Paris.

Apenas habia salido, el ángel que estaba de servicio, anunció á san Jorge.

— Que entre, dijo Dios.

Entró san Jorge, alzó la visera de su casco, y saludó militarmente.

— Y bien, mi valiente capitán, ¿vienes en nombre de la Inglaterra, no es eso? ¿qué pide?

— Altísimo, respondió san Jorge, pide tener la marina mas hermosa y fuerte del mundo.

— Muy bien, respondió el Señor, la tendrá.

San Jorge, que tenia todo lo que deseaba tener, bajó la visera de su casco, saludó nuevamente y se fué. A la puerta se encontró á san Genaro.

— Buenos dias, mi santo obispo, le dijo el Señor, me alegro mucho de verte, ya sabia yo que te enviarian los Italianos. Veamos á ver qué te han encargado que me pidas.

— Tener los primeros artistas del mundo.

— Bien, contestó el Señor, yo te lo prometo.

San Genaro no pidió nada mas, se cubrió la cabeza con su mitra y se marchó.

— Que entre otro, gritó el Señor.

— Señor, respondió el ángel, no hay nadie.

— ¿Cómo que no hay nadie? ¿y qué hace Santiago, que siempre está á caballo á galope y nunca llega?

— Señor, replicó el ángel, desde aquí le divisó allá abajo... abajo... abajo...

— Perezoso, como buen español, dijo Dios entre dientes... en fin, ya está aquí.

Santiago llegó sin poder respirar, echó pié á tierra, y se presentó al Señor.

— ¿Y bien? señor hidalgo, ¿qué queréis?

— Quiero, respondió Santiago, respirando ape-

nas de palabra á palabra, quiero que tenga España el clima mas hermoso del mundo.

— Concedido.

— Quiero...

— Todavía mas, dijo interrumpiéndole Dios.

— Quiero, continuó Santiago, que la España tenga las mujeres mas bellas del mundo.

— Bien, sea así, contestó Dios, consiento en esto tambien.

— Concedido.

— Quiero...

— ¡Cómo! ¡cómo! exclamó el Señor, todavía quieres más, otra cosa aun...

— Quiero, continuó Santiago, que España tenga los frutos mas hermosos del mundo.

— Vamos, dijo el Señor, es preciso hacer algo por mis amigos. Concedido.

— Quiero, continuó Santiago, que la España tenga el mejor gobierno del mundo.

¡Oh! exclamó Dios deteniéndole : basta, Santiago, basta ya, es preciso dejar algo para los demás. Negado. Santiago quiso replicar, pero Dios le hizo una seña para que se volviese inmediatamente á Compostela. Santiago montó en su caballo blanco y se marchó á galope.

Hé aquí la causa de porqué la España jamás tendrá un buen gobierno!!!

El español echó yescas en su eslabon, encendió de nuevo su cigarro, que se habia apagado, y volvió á fumar.

Como encontraba la razon que me habia dado tan especiosa como cualquiera de las que encuentran á veces en circunstancias semejantes nuestros hombres de Estado, me dí por satisfecho con ella por el

momento, y la serie de los acontecimientos me probó que Santiago no habia podido aun obtener del cielo el don que habia guardado para su cuarta peticion.

Llegamos á Villanueva hácia las tres.

Como raras veces se hace alto para dormir en aquella pequeña poblacion, no me fiaba en su posada, é inmediatamente que comí me puse en camino para San Mauricio, donde llegué á las nueve de la noche. Nada me detenia ya en el Vallés, que visitaba por segunda vez; en consecuencia volví á salir de él al dia siguiente muy de mañana, y al dar las ocho entraba en la casa de postas de Martigny. Allí era, si mis lectores tienen buena memoria, la posada en que habia comido el beefsteak de oso, que ha hecho despues tanto ruido en el mundo literario y gastronómico.

Encontré á mi digno huésped siempre tan complaciente como de costumbre : en su consecuencia pronto nos ajustamos con un carruaje hasta Domo d'Ossola, es decir, por cinco dias. Debia dejarlo en casa del maestro de postas de aquel pueblo ; y despues, el primer viajero que viniese de Italia para Suiza, como yo iba de Suiza para Italia, debia devolvérselo. De este modo quedaban pagadas la ida y la vuelta. Mi huésped me indicó mas de un consejo económico que yo ignoraba : yo era libre, aunque viajando en posta, de no tomar mas que un caballo pagando uno y medio. Como me acercaba al fin de mi viaje, y por consiguiente al de mi dinero, acepté con reconocimiento aquel medio de transporte que recomiendo muy de veras.

Y lo propongo con tanta mas confianza á los viajeros que hagan este camino, cuanto que no les

causará el retraso de una hora, ni ninguna incomodidad por falta de sitio : pues el postillon se sienta sobre una de las varas, y por poco mas que se le dé de propina, se arregla con su caballo para que haga este su obligacion y la de su compañero. El doble trato se concluye ordinariamente por una botella de vino que da el viajero al postillon, y un puñado de avena que promete el postillon al caballo. Gracias á este convenio, que fué escrupulosamente cumplido, por mi parte al menos, llegamos á Brigg la misma tarde.

Allí nos esperaba un gran dolor. Mis pactos con mi pobre Francesco habian terminado ; yo le habia traído á unas diez leguas de punto en que le habia tomado, me era ya inútil ; debíamos, pues, arreglar cuentas y separarnos ; lo hice llamar.

El buen muchacho, que conocia el motivo, subió con el corazon afligido ; la vida que conmigo habia llevado, aunque un poco cansada, habia sido bajo todos los demás aspectos muy distintamente cómoda que la que esperaba encontrar en Munster ; de modo que estaba muy dispuesto, como el jardinero del conde de Almaviva, á no despedir á tan buen amo.

Así apenas me vió sacar el bolsillo de mi faltriquera y calcular los dias que habiamos estado juntos, volvió la cara para ocultarme sus lágrimas, que muy pronto degeneraron en sollozos : le llamé entonces, vino, me tomó la mano y me suplicó le conservase por criado, pues estaba dispuesto á seguirme á todas partes, á Italia, á Francia, al cabo del mundo. Desgraciadamente, Francesco, excelente guia en Munster, hubiera hecho un muy mal groom en Paris ; además, era muy grande la res-

ponsabilidad de arrebatár aquel muchacho a su familia y á sus montañas : así aunque mi corazón se hallaba muy acorde con sus ruegos , me mantuve firme y se lo negué.

Habia estado conmigo treinta y tres durs : al precio que habíamos convenido hacia sesenta y seis francos, añadí catorce de propina á fin de completar la cantidad de ochenta, y le puse cuatro luises sobre la mesa. Era el único oro que el pobre muchacho habia visto en su vida ; sin embargo, se adelantó hácia la puerta sin tomarlos : le llamé preguntándole ¿ porqué me dejaba aquella suma que era suya ? Entonces se volvió, y me dijo sollozando : si el señor me lo permite, iré mañana acompañándole hasta el Simplon, volviéndome á la grupa del caballo del postillon, y al momento de dejaros, será tiempo de que me deis el dinero... Le hice señal de que consentia, y se marchó un poco consolado.

Efectivamente, á la mañana siguiente me acompañó Francesco hasta la primera parada. Llegados allí, nos abrazamos ; él se volvió llorando hácia Brigg, y yo continué mi camino pensativo y lleno de tristeza.

Recomiendo este muchacho á los viajeros que tomen el camino de la Furca ; es una excelente criatura de una probidad severa y de una actividad infatigable : lo encontrarán en Munster, desde donde me ha escrito , ó mas bien , me ha hecho escribir, hace seis meses. Allí es conocido con el nombre alemán de Franz ó con el italiano de Francesco.

DE QUÉ MODO FUÉ SAN ELOY CURADO DE LA VANIDAD.

Aníbal y Carlo-Magno como Bonaparte han pasado los Alpes y casi conquistado la Italia ; pero detrás de ellos, borrando los vestigios de su pasaje , los desfiladeros de las montañas se han cerrado, los picos del monte Ginebra y del pequeño San Bernardo se han cubierto de nieve , y las generaciones que han sucedido á las de sus hijos, no encontrando ninguna huella del camino que habian seguido sino en la tradicion de las localidades y en la memoria de las poblaciones, se han puesto á dudar de aquellos milagros y se han casi negado á los dioses que los habian hecho. Bonaparte no ha querido que fuese así con él, y á fin de que su religion guerrera no tuviese que sufrir por los ultrajes, el olvido ó los ataques de la duda, ha llegado la Italia á la Francia como un esclavo á su señora : ha extendido una cadena al través de las montañas y ha puesto el primer eslabon en manos de Ginebra , su nueva hija, y el último al pié de Milan, nuestra antigua conquista. El recuerdo de nuestra bajada á Italia, esta cadena dorada por el comercio , este camino trazado para el paso de nuestros ejércitos , y hollado por la sandalia de un gigante, es el camino del Simplon.

Este camino, rival del de Tiberio Neron, de Julio

César y de Domiciano, en el que cada día han trabajado tres mil jornaleros durante tres años, trepa por las pendientes de las montañas, salva los precipicios y horada los peñascos: comienza en Glys, deja á Brigg á la izquierda y se eleva por una pendiente perceptible á la vista; pero casi insensible al andarla, hasta la cumbre del Simplon, es decir, durante seis leguas. A los escritores de itinerarios y no á nosotros toca el decir cuántos puentes se pasan, cuántas galerías se atraviesan y cuántos accidentes se encuentran: nosotros renunciarnos á ello tanto mas fácilmente cuanto que ninguna descripción puede dar una idea del espectáculo que allí se halla á cada paso, y de los contrastes y armonías que forman entre sí los valles de Ganther y de la Saltina y la caída de las cascadas reflejándose en los espejos de las neveras. A medida que se va subiendo, desaparece la vegetación y la vida. Aquellas cumbres no se habian hecho para el comun de los hombres y de los animales. Allí el genio sólo podía alcanzar; solo el águila podía vivir allí; así es que la aldea del Simplon, aquella conquista artificial del valle sobre las montañas, se extiende miserablemente como una serpiente entumecida sobre un rellano desnudo y salvaje. Ningun árbol le da sombra, ninguna flor la hermosea, ni la anima ningun baño. Es preciso sacarlo todo de la llarura, y no se ve renacer la existencia y revivir la naturaleza sino bajando sus dos vertientes. Su cima es el patrimonio de los hielos y de las nieves, es el palacio del invierno, es el reino de la muerte.

Dejando la aldea del Simplon, se comienza á bajar, y por un efecto de óptica natural, esta bajada parece mas rápida que la subida. Además, es mu-

cho mas incómoda por los accidentes de la montaña; tan pronto gira sobre ángulos agudos, tan pronto rueda por mil ondulaciones al rededor de la montaña tan lejos cuanto puede alcanzar la vista, y parece á la serpiente fabulosa que enrosca la tierra. Al principio se encuentra la galería de Algabis, la mas larga y la mas hermosa, que atraviesa doscientos quince piés de granito para ir á dar al valle de Gondo; divina obra maestra de decoración terrible que no puede imitar pintor alguno, que ninguna pluma puede describir, que ninguna relacion puede reproducir, es un corredor del infierno, estrecho y gigantesco; mil piés debajo el torrente, á dos mil piés sobre la cabeza el cielo! La distancia es tan grande desde el camino á la Doveria, que apenas se le siente mugir aunque se le ve espumar furiosamente sobre las rocas que forman el fondo del valle: de pronto, un puente ligero de una arquitectura aérea se presenta tendido de una á otra montaña cual un arco iris de piedra; conduce despues de algunos pasos á la galería de Gondo, larga de setecientos pasos, alumbrada por dos aberturas. Frente á una de ellas, se leen estas palabras escritas por una mano acostumbrada á grabar fechas sobre el granito:

AERE ITALICO

MDCCCV.

El hombre que las habia escrito creia como Jesucristo y Mahoma, que no de su nacimiento ni de su fuga, sino de su victoria dataria para la Italia una nueva era.

Muy pronto el valle se ensancha, se calienta el aire, el pecho respira, vuelven á aparecer algunas

señales de vegetacion y algunas ojeadas al través de las sinuosidades de la montaña permiten á la vista reposar sobre un mas dulce horizonte : aparece una aldea con un hermoso nombre : es Isella, la centinela avanzada y casi perdida de la muelle Italia. Así detrás de ella se estrecha el valle : los peñascos desnudos y gigantescos se aproximan : la imprudente hija de la Lombardia ha sido cogida al salir de un desfiladero que no puede ya volver á pasar : sobre el camino por donde ha venido, se ha formado una galería, que es la penúltima : descansa sobre un pilar de granito colosal, cuya negra masa se destaca en su cima sobre el azul del cielo, en su centro sobre el verde tapiz de la colina, en su base sobre la blanca espuma de las cascadas. Apresúrase uno á atravesarla, y sea ilusion ó sea verdadero cambio atmosférico, vienen á recibirle á su salida las tibias brisas del viento de Italia; á derecha é izquierda se separan las montañas, se forman llanos, y sobre aquellos llanos, cual cisnes que se calientan al sol, comienzan á percibirse por grupos de blancas casas con terrados. Es la Italia, la antigua reina, la eterna coqueta, la Armida secular que envía para recibiros á sus aldeanas y sus flores. Todavía hay que pasar un rio, todavía hay que atravesar una galería; y ya nos hallamos en Crevola, suspendidos entre el cielo y la tierra, sobre un puente mágico; á vuestros piés teneis la villa y su campanario y delante el Piemonte. Despues, allá abajo en lontananza detrás del horizonte, á Florencia, Roma, Nápoles, Venecia, aquellas maravillosas ciudades de las que los poetas han contado tantos encantos y de las que ninguna muralla os separa ya. Así el camino, como cansado de sus lar-

gas revueltas y satisfecho de volver á hallarse en la llanura, se lanza de un tiron de dos leguas hasta Domo d'Ossola.

Llegué allí, en el momento de una procesion enteramente italiana: el gremio de albéitares celebraba la funcion á san Eloy. En mi ignorancia habia creido siempre á aquel bienaventurado el patron de los plateros y amigo del rey Dagoberto, al que daba de cuando en cuando, acerca de su traje, consejos muy juiciosos; pero ignoraba completamente que hubiese jamás sido albéitar. Su estandarte, sobre el que estaba representado rompiendo su muestra, no me dejaba ninguna duda sobre este asunto: lo único que me quedaba por aclarar era, á qué época de su vida se referia la accion que habia inspirado al artista: porque yo conocia su santa vida, casi desde su entrada en casa del prefecto de la fábrica de moneda de Limoges, hasta su nombramiento para la silla episcopal de Noyon, y no veia nada en todo esto que pudiese aplicarse al espectáculo que tenia delante de mis ojos. En consecuencia, me dirigí al maestro de postas, pensando que para una tradicion de herradura era el mejor historiador que se pudiera encontrar. Comenzamos por ajustar el precio del carruaje que debia llevarme desde Domo d'Ossola á Baveno. Despues, convenido en el precio doble de lo que valia, tanta era mi prisa para volver á la procesion, obtuve sobre el padre Occuli las siguientes noticias y biografias.

La tradicion tal cual me fué transmitida en su primordial sencillez y propio estilo es esta:

Es inútil el decir que no garantizo su autenticidad.

Hacia el año 610, Eloy, que era entonces un jóven

de veinte y seis á veinte y ocho años, habitaba en la ciudad de Limoges, situada á dos leguas únicamente de Cadillac, su país natal. Desde su juventud habia manifestado grande aptitud para las artes mecánicas; pero como no era rico, le habia sido preciso quedarse simple albéitar. Verdad es que habia hecho progresar este oficio, que entre sus manos casi se habia convertido en un arte. Las herraduras que forjaba, y que habia llegado á fabricar en solas tres caldas (1), se redondeaban con una curva maravillosamente elegante y brillaban cual plata bruñida. Los clavos con que las sujetaba á los piés de los caballos, estaban tallados en punta de diamante, y hubieran podido engastarse como chatones en una sortija montados en oro.

Esta habilidad de ejecucion, que asombraba á todo el mundo, acabó por exaltar al artifice mismo: la vanidad le trastornó la cabeza, y olvidando que Dios nos ensalza y nos humilla segun su voluntad, hizo hacer una muestra en la que estaba representado herrando un caballo, con esta inscripcion medianamente insolente para sus compañeros y ofensiva á la humildad religiosa: *Eloy, maestro de los maestros, maestro sobre todos.*

La inscripcion metió gran ruido desde su aparicion, y como Eloy tenia que habérselas sobre todo con una clientela de comerciantes, caballeros y peregrinos que se cruzaban incesantemente delante de su tienda, la orgullosa muestra llegó á despertar muy pronto la susceptibilidad de los demás albéi-

(1) Calda. Término técnico. — Poniéndolas tres veces en 1/2 fragua. Hemos querido conservar este término característico, que nos apresuramos á explicar á nuestros lectores.

tares, no solo de Francia, sino aun de toda Europa. De todas partes se levantó un clamor tan grande contra el orgulloso maestro que subió hasta el paraíso. No sabiendo Dios al pronto cuál era la causa que lo motivaba, se conmovió y miró á la tierra. Sus ojos, que por casualidad se habian vuelto hácia Limoges, tropezaron con la famosa muestra y se enteró de todo.

De todos los pecados mortales, el que siempre ha ofendido mas á Dios es el orgullo. El orgullo fué el que hizo rebelarse á Satanás y á Nabucodonosor contra el Señor, y el Señor lanzó al infierno al uno y quitó al otro la razon convirtiéndolo en bruto.

Así Dios buscaba ya qué castigo podria aplicar al nuevo Aman, cuando Jesucristo, viendo á su padre preocupado, le preguntó qué era lo que tenia. Dios le respondió enseñándole la muestra: Jesucristo la leyó.

— Sí, sí, padre mio, es verdad: la inscripcion es atrevida, pero Eloy es verdaderamente hábil: únicamente ha olvidado que su fuerza le viene de lo alto. Pero fuera de su orgullo, está lleno de buenos principios.

— Convengo en ello, dijo el buen Dios; tiene excelentes cualidades, pero su orgullo las excede á todas, como el cedro excede al hisopo, y las hará morir bajo su sombra. ¿Has leído, *Eloy, maestro de maestros, maestro sobre todos?* Esto es un desafío, no solo á la habilidad humana, sino aun á la celestial omnipotencia.

— Pues bien, padre mio, que la celestial Omnipotencia le responda con bondad y no con rigor. Vos quereis la conversion y no la muerte del pecador, ¿no es verdad? Yo me encargo de convertirle.

— ¡Hum! hizo Dios, meneando la cabeza, de mala tarea te encargas.

— ¿Consentís en ello? continuó Jesucristo.

— No lo conseguirás, dijo Dios.

— Dejádmelo probar.

— ¿Y cuánto tiempo me pides?

— Veinte y cuatro horas.

— Concedido, dijo el Señor.

Jesús no perdió tiempo, se quitó su divino traje, y se revistió del de un compañero de oficio de Eloy, se dejó deslizar sobre un rayo de sol y bajó á las puertas de Limoges.

Inmediatamente entró en la ciudad apoyado en un palo con la apariencia de un hombre que acaba de hacer un largo camino, y en seguida se fué derecho á la casa de Eloy; lo encontró forjando. Estaba en la tercera calda.

— Dios sea con vos, maestro, dijo Jesús al entrar en la tienda.

— ¡Amen! respondió Eloy sin mirarle.

— Maestro, continuó Jesús, acabo de dar una vuelta por la Francia, y en todas partes he oído hablar de la ciencia; de modo que pensando que nadie sino tú puede enseñarme algo de nuevo...

— ¡Ah! ¡ah! hizo Eloy echando sobre él una rápida mirada y continuando en golpear su herradura.

— ¿Me quieres por compañero? repuso humildemente Jesús; vengo á ofrecerte mis servicios.

— ¿Y qué es lo que tú sabes? dijo Eloy dejando negligentemente la herradura á la que acababa de dar el último martillazo y arrojando sus tenazas.

— Yo, continuó Jesús, sé forjar y herrar, tan bien, creo, como cualquiera en el mundo.

— ¿Sin excepcion? dijo desdeñosamente Eloy.

— Sin excepcion, respondió tranquilamente Jesús. Eloy se echó á reir.

— ¿Qué dices tú de esta herradura? dijo Eloy enseñando á Jesús muy satisfecho, la que acababa de concluir.

Jesús la miró.

— Digo que no está mal, pero creo que se pueden hacer mejores.

Eloy se mordió los labios.

— ¿Y en cuántas caldas harías una herradura como esta?

— En una, dijo Jesús.

Eloy se echó á reir: como hemos dicho necesitaba tres, y los demás cinco ó seis, creyó que el compañero estaba loco.

— ¿Y quieres enseñarme cómo te compones? dijo con aire burlón.

— De buena gana, maestro, respondió Jesús cogiendo tranquilamente las tenazas, y tomando cerca del yunque una barra de hierro en bruto que metió en la fragua: despues hizo una seña á Occuli, que se puso á tirar de la cuerda del fuelle. El fuego sofocado al principio por el carbon se lanzó en pequeños chorros azules, saltaron millones de chispas, muy pronto la llama enrojecida se apoderó del alimento que se le ofrecía: de tiempo en tiempo el hábil compañero rociaba el hogar, que ennegrecido momentáneamente volvía á tomar casi inmediatamente una nueva fuerza y un color mas vivo. En fin, la brasa parecía una materia fundida. Al cabo de un instante, aquella lava palideció, tan consumida estaba toda la parte combustible del carbon. Entonces sacó Jesús de la fragua el hierro casi

blanco, lo colocó sobre el yunque, y dándole vueltas con una mano, mientras que le golpeaba y lo amoldaba con la otra, con algunos martillazos le dió una forma y una finura, á las cuales estaba lejos de aproximarse la herradura de Eloy. La cosa se habia hecho con tal prontitud que el pobre maestro de maestros no habia tenido tiempo de ver mas que fuego.

— Héla aquí, dijo Jesus.

Eloy tomó la herradura con la esperanza de descubrir en ella alguna escama; pero nada le faltaba: así, á pesar de su mala intencion no pudo ponerla la menor falta.

— Sí, si, dijo volviéndola y revolviéndola, no está mal... Vamos, para un simple oficial de herrero no está mal. Pero, continuó esperando coger en falta á Jesus, no basta saber hacer una herradura, es necesario además saberla aplicar tambien á la parte del animal. Creo que me has dicho que sabias herrar.

— Sí, maestro, respondió tranquilamente Jesus.

— Poned el caballo al trabajo (1), gritó Eloy á sus mancebos.

— ¡Oh! no hay que tomarse ese trabajo, interrumpió Jesus. Yo tengo una manera particular de herrar que ahorra tiempo y mucho trabajo.

— ¿Y cuál es tu modo de herrar? dijo Eloy asombrado.

— Vais á verlo, respondió Jesus.

(1) *El Trabajo* es un aparato de maderos en medio del que se ata á los caballos indómitos ó inquietos que van á herrar, para evitar que den coces, y maltraten á los herradores ó ellos mismos se estropeen.

• A estas palabras sacó un cuchillo de su bolsillo, se fué al caballo, levantó una de sus patas traseras, le cortó la pata izquierda por la primera articulacion, la colocó en la bigornia, clavó la herradura con la mayor facilidad y trajo la pata herrada, la aproximó á la pierna, donde volvió inmediatamente á unirse; cortó la pata derecha, repitió la misma operacion con el mismo éxito, continuó así con las otras dos patas, y todo esto sin que hiciese el menor movimiento el animal. Eloy contemplaba la operacion con la mas profunda admiracion, asombrado.

— Ya está, maestro, dijo Jesucristo al pegar la cuarta pata.

— Bien, lo veo, dijo Eloy haciendo todos sus esfuerzos para ocultar su asombro.

— Vos no conoceis este método de herrar, continuó Jesucristo indiferentemente.

— Sí tal, repuso con viveza Eloy: he oido hablar de él... pero estoy por el otro.

— Haced mal, este es mas cómodo y mas expedito.

Eloy, como se deja comprender, se guardó muy bien de despedir á tan hábil herrador, temia además, si no se arreglaba con él, que se estableciese en aquellas cercanías, y le quitase los parroquianos. Hecho el ajuste y condiciones que fueron aceptadas, Jesus quedó en la tienda como primer mancebo.

Al día siguiente por la mañana, Eloy envió á Jesus á dar una vuelta por los pueblos inmediatos. Tratábase de algunos recados que no podian confiarse mas que á un mensajero inteligente.

Jesus apenas habia revuelto la primera esquina de la calle, ya Eloy se puso á pensar seriamente en

aquel nuevo método de herrar los caballos que él no conocía. Había seguido con el mayor cuidado la operación, y observado bien en qué articulación se había hecho la amputación, y como tenía gran confianza de sí mismo, resolvió aprovechar la primera ocasión que se le presentase para poner en práctica la lección que había aprendido.

➤ No tardó en presentarse esta: apenas había transcurrido una hora se paró á la puerta de Eloy un caballero armado de pies á cabeza, cuyo caballo se había desherrado de un pié un cuarto de hora antes de llegar allí, y venía atraído por la fama del maestro.

Venia de España y regresaba á Inglaterra, donde tenía que arreglar negocios de la mayor importancia con san Dunstan en Escocia. Ató, pues, su caballo á una de las argollas de hierro de la tienda, y entró en una taberna donde pidió una jarra de cerveza, recomendando á Eloy le despachase pronto.

Eloy pensó, que pues el parroquiano tenía prisa, era el momento oportuno de poner en ejecución el método expedito del que había visto la víspera hacer un ensayo que tan bien había salido. Tomó, pues, el cuchillo mas afilado, dióle una última mano sobre la piedra de afilar, y levantando la pierna del caballo, buscó la articulación con mucha exactitud y le cortó la pata por encima del casco.

La operación había sido ejecutada con tal habilidad, que el pobre animal que nada sospechaba, no había tenido tiempo de oponerse, y no había conocido la amputación sino por el dolor mismo que le había causado: pero entonces dió un relincho tan lastimero y doloroso, que su dueño se volvió, y vió que su cabalgadura apenas podía tenerse sobre las

tres piernas que le quedaban, y sacudiendo la cuarta de la que se le escapaba á torrentes la sangre. Lanzóse fuera de la taberna y se precipitó en la tienda, y encontrando á Eloy que herraba tranquilamente la cuarta pata colocada en su bigornia, creyó que el maestro se había vuelto loco. Eloy le tranquilizó diciéndole que era un nuevo método que había adoptado; le enseñó la herradura perfectamente adherente al casco, y saliendo de su tienda, se dispuso á pegar la pata al muñon de la pierna, como había visto hacer la víspera á su oficial.

Pero esta vez sucedió muy de otra manera. El pobre animal que se desangraba hacia diez minutos, se había tumbado en el suelo moribundo. Eloy acercó la pata á la pierna, pero en sus manos no quiso adherirse: el pié estaba ya muerto y lo restante del cuerpo no valia mucho mas.

Un sudor frio cubrió la frente del maestro, conoció que estaba perdido, y no queriendo sobrevivir á su reputación, sacó de su vaina el cuchillo que tan bien había cumplido su oficio: iba á clavárselo en su pecho, cuando sintió que le detenían por el brazo. Se volvió, era Jesucristo. El divino mensajero había concluido sus encargos con la misma prontitud y habilidad que tenía costumbre de hacerlos, y estaba ya de vuelta dos horas antes mas pronto de lo que Eloy le esperaba.

— ¿Qué haces, maestro? le dijo con tono severo. Eloy no respondió, pero le mostró con el dedo al caballo espirando.

— ¿No es mas que esto? dijo Cristo, y cogió la pata y la aproximó á la pierna, y la sangre cesó de correr, y se pegó el pié, y se levantó el caballo, y

relinchó de gusto, de modo que menos el suelo enrojecido, cualquiera hubiera jurado que nada había sucedido al pobre animal, poco antes tan malo, y ahora tan vivo y tan bueno.

Eloy le miró un instante confuso y asombrado; alargó el brazo, tomó en su tienda un martillo, y haciendo pedazos su muestra se dirigió á Jesucristo, y le dijo humildemente:

— El maestro eres tú, yo no soy mas que el oficial.

— Bienaventurado el que se humilla, respondió Cristo con voz dulce, porque será ensalzado.

Al oír aquella voz tan pura y tan armoniosa, Eloy alzó los ojos y vió que su oficial tenía ceñida la frente con una auréola; reconoció á Jesucristo y cayó de rodillas.

— Bien está, te perdono, dijo Cristo; porque te creo curado de tu orgullo. Permanece *maestro de maestros*; pero acuérdate de que yo solo soy *maestro sobre todos*.

A estas palabras montó en la grupa detrás del caballero, y desapareció con él.

El caballero era san Jorje.

PAULINA.

Terminada esta narracion, rogué al maestro de postas que examinase los piés de sus dos caballos por temor de que no le sucediese en el camino el mismo percance que al caballo de san Jorje. Después, concluida aquella inspeccion, marchamos á trote largo por uno de aquellos caminos enarenados como las calles de un jardin inglés y que surcan el Piamonte desde la ocupacion francesa.

Es imposible el soñar por peristilo de la Italia un camino mas encantador: por medio de una llanura de dos leguas que parecen aun mas frescas y graciosas despues del terrible valle de Gondo, se llega á Villa, porque como se ve, todos los nombres de ciudades acaban por una dulce vocal. Después las blancas casas suceden á las grises cabañas, los techos ceden su lugar á los terrados, las parras trepan al rededor de los árboles del camino, atraviesan la carretera y se mecen en columpio. En lugar de las aldeanas rústicas del Vallés, se encuentran á cada paso lindas vendimiadoras de color pálido, ojos aterciopelados, y rápido y dulce hablar. El cielo es puro, el aire tibio y se reconoce, como dice el Petrarca, á la tierra querida de Dios; la tierra santa; la tierra feliz, que ni las invasiones de los bárbaros, ni las discordias civiles, ni la cólera de los volcanes